

## EL NARCISISMO

### EN LA MEDICINA CONTEMPORÁNEA

Es un momento muy grato participar de este encuentro para celebrar, junto a viejos maestros y queridos amigos, la aparición del nuevo libro de Álvaro Díaz Berenguer, dedicado al *Narcisismo en la Medicina Contemporánea*,<sup>1</sup> tema a la vez atrayente y difícil. Muy frecuentemente citado pero poco profundizado. En este caso, además, hay una circunstancia especial. Álvaro dedicó este libro a su madre, la poetisa Amanda Berenguer, y cuando ya estaba impreso, esta mujer de tanto valor y destaque para nuestra cultura, partió a la Eternidad el pasado martes 13 de julio, por lo que también vaya a ella nuestro sentido homenaje.

Este libro de Álvaro, viene precedido de otros: *Medicina y Literatura: una mirada crítica*, publicado en 1997, en coautoría con su padre, José Pedro Díaz, ensayista, docente y figura señera de nuestra cultura y de la Generación del 45. Y de otro más reciente: *La Medicina Desalmada: aportes a una polémica actual*, publicado en 2004. Y de organizar múltiples actividades en la Clínica, para predicar con el ejemplo, uniendo las Humanidades a la Enseñanza de la Medicina.

Éste que hoy celebramos, *El Narcisismo en la Medicina Contemporánea*, es un nuevo jalón. Ya en su magnífico prólogo, Daniel Gil nos recuerda los vínculos de esta obra con el trabajo de José Pedro Barrán sobre el Poder Médico, y con los escritos de Michael Foucault. Pero también nos brinda un recuerdo de la Historia de la Medicina, focalizando sobre Ambroise Paré y Thomas Sydenham, dos exponentes más cercanos que los médicos de la antigüedad, desde Hipócrates. El uno, atendía a los pobres como a los reyes, y siendo un cirujano de túnica corta, de segunda, o barbero, hizo enormes aportes a la cirugía y la obstetricia, comenzando por la cirugía de guerra. El otro, fundador de la clínica moderna, observador fino y minucioso, recomendaba a sus discípulos, que querían ser mejores médicos, “Lean *El Quijote*”. Como ahora Álvaro Díaz Berenguer recomienda que los estudiantes y médicos lean “*La muerte de Iván Illich*”, de León Tolstoi, para irse templando en lo que la muerte significa para la sensibilidad del otro. O que lean al otro Iván Illich, el de la *Némesis médica*, para conocer una visión crítica de la Medicina actual, que ayuda a la reflexión y agudiza la sensibilidad.

Generalmente ignorado, atrapa en el espejo de agua a quienes a él se asoman, como sucedió al mítico Narciso, el personaje mitológico del que existen varias versiones. Está la de Pausanias, el historiador griego, del siglo II dC<sup>2</sup>. Otra versión es citada en los Papiros de Oxirrinco

---

<sup>1</sup> DÍAZ BERENGUER, Álvaro: *El Narcisismo en la Medicina Contemporánea*. Ediciones Trilce, junio 2010, 144 páginas.

<sup>2</sup> PAUSANIAS: Descripción de Grecia. Libro IX: 31:7, refiere: “En la más alta cima del Helicón hay un río pequeño, el Lamo. En el territorio de Tespias está lo que llaman Donacón. Allí está la fuente de Narciso, en cuya agua dicen que narciso se vio, y, no comprendiendo que veía su propia imagen, se enamoró de sí mismo sin darse cuenta, y murió de amor en la fuente. Es totalmente absurdo que alguien, llegado a edad de enamorarse, no distinga un hombre de una imagen de un hombre. Hay otra leyenda referente a él, menos conocida que la anterior, pero también transmitida, que dice que Narciso tuvo una hermana gemela, totalmente igual en aspecto; ambos tenían la misma cabellera, se vestían con ropa igual e iban a cazar juntos. Narciso se enamoró de su hermana, y, cuando murió la muchacha, acostumbraba a ir a la

(*Oxyrhynchus papyri*), manuscritos descubiertos en Egipto, tal vez unos cincuenta años anterior a Ovidio. Pero la más difundida es la que nos cuenta Publio Ovidio Nasón (43 aC – 17 dC) en el libro III de *Las Metamorfosis*.<sup>3</sup> El ciego y vidente Tiresias, había vaticinado, al nacer el niño y ser interrogado si vería prolongarse su vida hasta una avanzada senectud: “Si no se conociere”. Por esos líos de alcoba que entreveraban la vida ociosa de los dioses del Olimpo, las infidelidades de Zeus habían llevado a Hera, su esposa oficial, a hacer múltiples daños a sus competidoras. Tal fue lo que pasó a la ninfa Eco, la resonante. “Todavía Eco era corpórea, no tan sólo una voz: sin embargo, parlanchina ya, no de otro modo que ahora usaba su boca, pues de largos discursos únicamente sabía repetir las últimas palabras. Fue esto obra de Juno, porque, siempre que la diosa estaba a punto de sorprender en el monte a las ninfas yaciendo bajo su Júpiter, ella, taimada, la retenía con larga conversación para que las ninfas tuviesen tiempo de escapar. Luego que la Saturnia cayó en la cuenta: “De poco te servirá en adelante – le dijo – esa lengua con la que me has burlado; brevísimo será el uso que hagas de tu voz”. Y los hechos confirman sus amenazas. No obstante, aún duplica la ninfa las voces con que se termina de hablar y repite las palabras sueltas que oye.”

Hijo de Liríope, la de azulados cabellos, en cierta ocasión la cercó el Cefiso con su sinuoso curso y, encerrándola entre sus ondas, la forzó. Quedó preñada la bellísima ninfa y dio a luz un infante, digno ya entonces de ser amado, al que llamó Narciso. Consultado acerca de él, el ciego Tiresias vaticinador del destino, sobre si vería prolongarse su vida hasta una avanzada senectud, sentenció: “Si no se conociere”. “Durante mucho tiempo fue tenido por vano tal augurio, mas la realidad de lo que sucedió vino a confirmarlo con la clase de muerte y lo nuevo de la locura que padeció Narciso. Pues había añadido ya un año a sus quince y podía parecer tanto un niño como un joven; muchos adolescentes y muchas doncellas le desearon; pero tan grande orgullo albergaba en su tierna cabeza, que ni jóvenes ni muchachas lograron tocarle.”

Quiso esta historia mitológica que, persiguiendo Eco a Narciso en el bosque, éste preguntara: “¿Hay alguien aquí?”, y “¡Aquí!” le había respondido Eco. Mira él con sorpresa a su alrededor por todas partes y vocea fuertemente: “¡Ven!” Vocea también ella al voceador: “¡Ven!” Vuélvese él, y no viendo esta vez tampoco venir a nadie, dice: “¿Por qué me huyes?” Y escucha de nuevo tantas palabras cuantas pronunciara.

El caso es que huye de la ninfa gritando: “¡No adelantes tus manos para abrazarme! ¡Antes morir! ¡No quiero que tú me goces!” Ella sólo repitió esto: “¡Quiero que tú me goces!”

Desdeñada se oculta en los bosques, cubriendo con las frondas su avergonzado rostro, y desde aquel lance vive en solitarios antros. Por eso se oculta en los bosques y en ningún bosque se la ve; oírla, se la oye en todos: un sonido es lo que sobrevive de ella. Como a ésta, así a otras ninfas nacidas en las aguas o en los montes había desdeñado Narciso; así antes también a

---

fuente sabiendo que veía su silueta, pero, aunque lo sabía, tenía un consuelo para su amor, porque imaginaba que veía no su propia imagen, sino la de su hermana. La flor de narciso ya la producía antes la tierra, creo yo, si debemos juzgar por los versos de Panfo. En efecto, había nacido muchos años antes que Narciso de Tespias, y dice que Core, hija de Deméter, fue raptada mientras jugaba y recogía flores y fue engañada no con violetas sino con narcisos.” Editorial Planeta – Deagostini. Barcelona, 1998, pp.: 227.

<sup>3</sup> PUBLIO OVIDIO NASÓN: *Arte de Amar* y *Las Metamorfosis*. Editorial Vergara, Barcelona, 1964, pp.: 347-355; Tiresias (316-338); Narciso (339-355) y Eco (356-510).

buen número de muchachos. Por lo cual, elevando alguien sus manos con despecho hacia el cielo imprecó: “¡Ojalá se enamore tanto él mismo y jamás logre tampoco el objeto de su amor!”, había suplicado. La diosa Hera accedió a tan justos ruegos.

Había una límpida fuente cuyas ondas refulgían como plata, y a la que ni los pastores, ni las cabrillas que apacentaban por el monte, ni o ganado se llegó nunca; ni ningún otro pájaro ni alimaña salvaje ni rama caída de árbol alguno la habían enturbiado. (...) Aquí el mancebo, fatigado por el afán de la caza y por el calor, vino a echarse en tierra, atraído por la belleza del lugar y en ansias de la fuente. Y mientras quiere aplacar su sed, otra sed se le produce; mientras bebe, queda prendado al contemplar la imagen de su propia belleza, y se apasiona por una ilusión sin cuerpo: piensa que es cuerpo lo que no es sino agua... Extasiase de sí mismo, e inmóvil, mirándose de hito en hito, se queda como estatua labrada en mármol pario. Tendido por tierra, contempla sus ojos, pareja de luceros, sus cabellos, dignos de Baco y aun de Apolo, sus mejillas de impúber, su ebúrneo cuello, la gracia de su boca, el rubor que se mezcla al niveo candor de su cutis; va, en fin, admirando todo aquello por lo que él mismo se siente admirable. Deséase el insensato, aprueba y es él el aprobado, pide y al pedir se pide él mismo, enciende el fuego y es él quien se abrasa...

¡Cuántas veces ha besado en vano la engañadora fuente! ¡Y cuántas, metiendo los brazos, ha intentado coger aquel cuello que veía en medio de las aguas sin poder conseguirlo! ¿Qué ve? ¡No lo sabe! Pero lo que ve lo quema, y el mismo error que engaña sus ojos se los excita...

¡Crédulo!, ¿por qué te obstinas vanamente en querer asir fugaces simulacros? ¡Lo que pides no está en ninguna parte; lo que amas, date la vuelta y lo perderás! Esa sombra que miras es reflejo de tu propia imagen; nada tiene de por sí: contigo viene y está, contigo se irá si es que tú puedes irte...

Luego de interrogar a ese espejo de agua que le prohíbe juntarse, ya que ansía él también ser poseído, cae en la cuenta:

“Pero... ¡si éste soy yo! ¡Al fin, caigo en la cuenta; ya no me engaña mi propia imagen! ¡Me estoy abrasando en amor de mí mismo: yo enciendo las llamas que me queman!... ¿Qué hacer? ¿Rogar o ser rogado? Mas ¿qué voy a rogar ya? ¡Aquello que deseo está conmigo: mi misma abundancia me hizo pobre. ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! Afán nuevo en un amante: querría que estuviese lejos lo que amo...”

Y pidiendo por que se le conceda un alivio a su triste locura, la emprende a golpes contra su cuerpo, hasta que nada queda en su cuerpo de aquella hermosura de la que se había antes Eco enamorado. Y entre los ecos de la voz de la ninfa, respondiendo a sus ayes, dijo adiós y adiós repitió Eco. Reclinó él sobre la verde hierba la cansada cabeza; la muerte le cerró los ojos que aún admiraban la hermosura de su dueño. Hasta después de recibido en las mansiones infernales seguía contemplándose en el agua de la laguna Estigia, del infierno mitológico. Y entre llantos de las ninfas y de la propia Eco, allí no apareció su cuerpo, sino una flor azafranada con el centro ceñido por unos pétalos blancos, que hoy se conoce con su nombre: Narciso.

\* \* \*

Este mito de Narciso fue tomado, principalmente por Sigmund Freud (1856-1939), en su célebre escrito de 1914, titulado *Introducción al narcisismo*.<sup>4</sup> Aunque otros autores habían explorado ya el tema, esta figura emblemática del pensamiento médico y su integración en una nueva disciplina, el *Psicoanálisis*, le dio cuerpo y carácter, para legitimar en profundidad su estudio. Y como él dijo: *“El término narcisismo procede de la descripción clínica, y fue elegido en 1899 por Paul Näcke para designar aquellos casos en los que el individuo toma como objeto sexual su propio cuerpo y lo contempla con agrado, lo acaricia y lo besa, hasta llegar a una completa satisfacción. Llevado a este punto, el narcisismo constituye una perversión que ha acaparado toda la vida sexual del sujeto, cumpliéndose en ella todas las condiciones que nos ha revelado el estudio general de las perversiones.”* (...) *“Estos enfermos, a los que yo he propuesto calificar de parafrénicos, muestran dos características principales: el delirio de grandeza y la falta de todo interés por el mundo exterior (personas y cosas). Esta última circunstancia los sustrae totalmente a influjo del psicoanálisis, que nada puede hacer así en su auxilio.”* (...) *“En este sentido, el narcisismo no sería ya una perversión sino el complemento libidinoso del egoísmo del instinto de conservación; egoísmo que atribuimos justificadamente, en cierta medida a todo ser vivo.”* Y al preguntarse *“¿Cuál es en la esquizofrenia el destino de la libido retraída de los objetos?”*, nos responde: *“La megalomanía, característica de estos estados, nos indica la respuesta, pues se ha constituido seguramente a costa de la libido objetal. La libido sustraída al mundo exterior ha sido aportada al yo, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de narcisismo. Pero la misma megalomanía no es algo nuevo, sino como ya sabemos, es la intensificación y concreción de un estado que ya venía existiendo, circunstancia que nos lleva a considerar el narcisismo engendrado por el arrastrar a sí catexis objetales, como un narcisismo secundario, superimpuestas a un narcisismo primario encubierto por diversas influencias.”*

Más adelante, concluye Freud: *“La enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él, y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad, deberán detenerse ante su persona. Habrá de ser de nuevo el centro y el nódulo de la creación: His Majesty the Baby, como un día lo estimamos ser nosotros. Deberá realizar los deseos incumplidos de sus progenitores y llegar a ser un grande hombre o un héroe en lugar de su padre, o, si es hembra, a casarse con un príncipe, para tardía compensación de su madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad conquista su afirmación refugiándose en el niño. El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres, que revela evidentemente su antigua naturaleza en esta su transformación en amor objetal.”*

En otro abordaje, dentro de sus *Lecciones Introductorias al Psicoanálisis*, de 1916-1917, dedica una de ellas a Libido y Narcisismo<sup>5</sup>, diferencia los conceptos “narcisismo” y “egoísmo”, diciendo: *“A mi juicio, el primero es el complemento libidinoso del segundo. Al hablar de egoísmo no pensamos sino en lo que es útil para el individuo. En cambio, cuando nos referimos al narcisismo incluimos la satisfacción libidinoso. Prácticamente, esta distinción entre el narcisismo y egoísmo puede llevarse muy lejos. Se puede ser absolutamente egoísta sin dejar por ello de*

---

<sup>4</sup> FREUD, Sigmund – *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Editorial El Ateneo. Buenos Aires, Argentina, 2008, Tomo II, pp.: 2017-2033.

<sup>5</sup> FREUD, Sigmund: op. Cit., pp. 2382-2383.

*ligar grandes cantidades de energía libidinosa a determinados objetos, en tanto en cuanto la satisfacción libidinosa procurada por los mismos constituye una de las necesidades del yo. El egoísmo cuidará entonces de que la búsqueda de estos objetos no perjudique al yo. Asimismo podemos ser egoístas y presentar simultáneamente un grado muy pronunciado de narcisismo; esto es, una mínima necesidad de objetos, sea desde el punto de vista de la satisfacción sexual directa, o sea en lo que concierne a aquellas aspiraciones máximas derivadas de la necesidad sexual que acostumbramos oponer, en calidad de amor, a la sensualidad pura. En todas estas circunstancias, el egoísmo se nos muestra como el elemento indiscutible y constante y, en cambio, el narcisismo como el elemento variable. Lo contrario del egoísmo, o sea el altruismo, lejos de coincidir con la subordinación de los objetos a la libido, se distingue por la ausencia total del deseo de satisfacciones sexuales. Solamente en el amor absoluto coincide el altruismo con la concentración de la libido sobre el objeto sexual. Este atrae generalmente así una parte del narcisismo, circunstancia en la que se manifiesta aquello que podemos denominar "supervaloración sexual" del objeto. Si a esto se añade aún la transfusión altruista del egoísmo al objeto sexual, se hace éste extremadamente poderoso y podemos decir que ha absorbido al yo."*

Henry Ey, afirmaba, al tratar de las Neurosis, el carácter "narcisista" al que constituye la forma sustitutiva y superviviente del autoerotismo primitivo. Se caracteriza, por una conducta de afirmación, impulsiva, la búsqueda a cualquier precio del éxito y del prestigio, la imposibilidad de tolerar los fracasos o las críticas. La sexualidad se caracteriza por la búsqueda del amor en espejo, de ahí las tendencias homosexuales. Pueden encontrarse elementos de este tipo en los caracteres llamados "paranoicos".<sup>6</sup>

Sin duda, más recientemente, la Asociación Psiquiátrica Americana, ha incluido en el DSM IV la definición del trastorno narcisista de la personalidad, como entidad mórbida, y está incluido en el libro en su página 30, para tener una referencia completa.

El manual DSM IV, aunque pudiera ser esquemático y discutible, define al trastorno narcisista de la personalidad como:

*Un patrón general de grandiosidad (en la imaginación o en el comportamiento), una necesidad de admiración y una falta de empatía, que empiezan al principio de la edad adulta y que se dan en diversos contextos como lo indican cinco (o más) de los siguientes ítems:*

- 1. Tiene un grandioso sentido de auto-importancia (por ejemplo, exagera los logros y capacidades, espera ser reconocido como superior, sin unos logros proporcionados);*
- 2. Está preocupado por fantasías de éxito ilimitado, poder, brillantez, belleza o amor imaginarios;*
- 3. Cree que es "especial" y único y que sólo puede ser comprendido por, o sólo puede relacionarse con otras personas (o instituciones) que son especiales o de alto estatus;*
- 4. Exige una admiración excesiva;*

---

<sup>6</sup> EY, Henry, BERNARD, P., BRISSET, Ch.: Tratado de Psiquiatría, 6a. edición; Toray-Masson S.A., Barcelona, 1974, pág. 420.

5. *Es muy pretencioso, por ejemplo, expectativas irrazonables de recibir un trato de favor especial o de que se cumplan automáticamente sus expectativas;*
6. *Es interpersonalmente explotador, por ejemplo, saca provecho de los demás para alcanzar sus propias metas;*
7. *Carece de empatía: es reacio a reconocer o identificarse con los sentimientos y necesidades de los demás;*
8. *Frecuentemente envidia a los demás o cree que los demás le envidian a él;*
9. *Presenta comportamientos o actitudes arrogantes o soberbios.”*

\* \* \*

Posiblemente uno de los ejemplos que toma el autor, el del célebre cardiocirujano sudafricano, de la época del Apartheid, Christiaan Barnard (1922-2001), sea el epítome de esta estirpe de personajes, tan frecuentemente hallados en la medicina. Miremos a nuestro alrededor, en el pasado, por dejar quieto al presente, y veremos cuántos destacados Maestros nuestros fueron afectados en diversa medida por este Narcisismo patológico. Pero sí que abundan los Narcisos y las Narcisas. En todo el mundo. No tenemos la exclusividad.<sup>7</sup> Tampoco vayamos a creer que el trastorno narcisista de la personalidad es una patología únicamente manifestada en quienes eligen la Medicina como profesión. Está uniformemente distribuida, según una curva de Gauss, entre todos los ciudadanos, y es posible así hallarla en políticos, profesionales de cualquier disciplina, docentes, intelectuales y artistas (particularmente escritores, poetas y pintores), jueces y futbolistas, entre otros. Pero la que nos concierne es la de los médicos, de que se ocupa este libro. No escapan, desde luego, los dirigentes gremiales y universitarios. Al respecto, ya José Ortega y Gasset, en 1930, consignaba en su ensayo *Misión de la Universidad*: *“Es preciso separar la enseñanza profesional de la investigación científica y que ni en los profesores ni en los muchachos se confunda lo uno con lo otro, so pena de que, como ahora, lo uno dañe a lo otro. Sin duda el aprendizaje profesional incluye muy principalmente la recepción del contenido sistemático de no pocas ciencias. Pero se trata del contenido, no de la investigación, que en él termina. En tesis general, el estudiante o aprendiz normal no es un aprendiz científico. El médico tiene que aprender a curar, y en cuanto médico, no tiene que aprender más: para ello necesita conocer el sistema de la fisiología clásico en su tiempo; pero ni necesita ser ni hay que soñar en que sea, hablando en serio, un fisiólogo. ¿Por qué empeñarse en lo imposible? No comprendo. A mí me produce repugnancia ese prurito de hacerse ilusiones (hay que tenerlas, pero no hacérselas), esa constante megalomanía, ese utopismo obstinado en fingirse que se consigue lo que no se consigue. El utopismo lleva a la pedagogía de Onán.”*<sup>8</sup> Tanto nadar, para morir en la orilla. Décadas buscando la perfección, en superar, en la enseñanza médica, el número y la cama, en lugar de la persona, para llegar al mismo punto de donde partimos. Eso también es narcisismo, de la peor especie.

---

<sup>7</sup> TURNES, Antonio L.: Trasplantes y Trasplantadores. En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/transplantes.pdf>

<sup>8</sup> ORTEGA Y GASSET, José: *Obras Completas*, Tomo IV (1929-1933). Cuarta Edición, Revista de Occidente, Madrid, 1957, pp. 338.

\* \* \*

Una larga excursión por los ríos del pensamiento humano y de sus creaciones, nos permite también navegar por las aguas procelosas de la historia de la Medicina, con una mirada crítica. Apuntando cómo una noble profesión ha ido permeándose por las vanidades de la posmodernidad, hasta hacerla irreconocible para propios y extraños.

Desnaturalizándola en su esencia, y apartándola de su primitivo objeto: la atención del humano sufriente. Mirarnos y alabarnos admirados de nosotros mismos, en lugar de ver en el otro el objeto de nuestros desvelos. En todos los tiempos ha habido críticas, que no reconocimiento, para los médicos vanidosos que así iban exhibiendo sus precarios méritos por la vida. Y de ellos se expresaron en forma amplia y contundente Hipócrates y Maimónides, entre otros. Este último, sobre todo, señalando con acritud la soberbia presumida del famoso Claudio Galeno.

Posmodernidad, que la Real Academia Española define como *“movimiento artístico y cultural de fines del siglo XX, caracterizado por su oposición al racionalismo y por su culto predominante de las formas, el individualismo y la falta de compromiso social”*. Este movimiento, de no revertirse, puede destruir las bases mismas de nuestra profesión y de la propia Medicina.

Como lo ha recordado, con una metáfora, James F. Drane<sup>9</sup>: *“Los Caballeros de la Orden Hospitalaria constituyeron una orden militar religiosa fundada al final del siglo XI. Su propósito original fue proveer de posada a los peregrinos de Tierra Santa y cuidar a los que caían enfermos en el camino. Los miembros de la orden eran soldados y monjes que hacían voto de pobreza y castidad. Provenían de familias nobles, eran designados caballeros y se comprometían a cumplir con las prácticas propias de caballería (honor, generosidad, protección del débil, entre otras virtudes). (...) Sus rentas se gastaban “para beneficio de nuestros señores, los enfermos, para sostenerlos a ellos y a los pobres”. (...) Los caballeros trataron de unir la cultura de lo militar con la de la medicina. Esta unión finalmente fracasó y muchos de los monjes partieron a la guerra donde mutilaron y mataron a musulmanes en vez de cuidar al enfermo y al pobre. Algunos se corrompieron por dinero y poder, lo que significó una mofa aún mayor a sus votos de servicio al otro.”*

Conviene estar prevenido para que, por la vía del Narcisismo y sus implicancias, no le ocurra a la Medicina de nuestro tiempo, algo similar.

La formación del médico de hoy, muy cerca de la ciencia y la tecnología, a la que se atribuyen poderes casi mágicos y absolutos, aleja al futuro profesional de la humanidad y las humanidades, que deberían ser cultivadas con mayor énfasis, porque ellas le acercarán al otro sufriente, y a sentir con su propio ser, el padecimiento y palpitar del otro, para poderle ayudar. Que al fin y al cabo esa es su misión en la vida, como profesional. Y no ser un agente de tránsito, protagonista del *“Síndrome de Lepedí y Lopasé”*, como con humor lo ha caracterizado Fernando Mañé Garzón en su *Memorabilia*.

---

<sup>9</sup> DRANE, James F.: La Ética como carácter y la Investigación Médica. Acta bioeth., v. 10 n.1, Santiago 2004. En: [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S1726-569X2004000100003&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S1726-569X2004000100003&script=sci_arttext)

## EL NARCISISMO EN LA MEDICINA CONTEMPORÁNEA – versión 7

Si es cierto, como dice el autor, que *“En relación con su paciente el trastorno narcisista de la personalidad del médico puede ser útil en esos casos [agresividad que tiene un objetivo superior que es provocar el bien al prójimo], en los que éste actúa a favor de los deseos del enfermo y de la sociedad, pero por el contrario, puede ser agresiva cuando violenta los derechos individuales.*

*Surge en las últimas décadas el concepto de la peligrosidad médica, como una condición generada a partir de la alarma social que despiertan los medios de comunicación masiva, magnificando hechos desgraciados. Este encuadre cultural favorecido por el narcisismo social posmoderno se retroalimenta en el nivel individual del consultorio, y se proyecta en la desconfianza mutua entre el médico y su paciente, lo que determina en última instancia la violación de derechos por ambas partes.*

*El trastorno narcisista de la personalidad del médico se traduce en rigidez del médico y en un encierro que impide algunas acciones capitales de su quehacer:*

- *No le permite dudar.*
- *No le permite equivocarse y aceptar errores.*
- *No le permite aceptar que se analice su conducta por un tercero.*
- *No le permite corregir los errores y aprender de ellos.*
- *No le permite verse inferior al paciente en ningún momento.*
- *No le permite aceptar los deseos del paciente.*
- *No le permite percibir o imaginarse lo que siente el enfermo.” [páginas 92 y 93].*

\* \* \*

Este libro tiene varias virtudes:

*La primera:* expone de manera clara y exhaustiva, las raíces del narcisismo y su aplicación a nuestros colegas, es decir a nosotros mismos. Diferencia el normal, que a todos los concierne, en alguna medida, del patológico, el trastorno narcisista de la personalidad, que pone en riesgo la naturaleza misma de la actividad profesional y sobre todo expone a los pacientes a riesgos temerarios, innecesarios, y forma parte de las múltiples raíces que nutren el árbol de la mala práctica médica. Tal vez sería bueno reflexionar sobre cómo prevenir que personas con este perfil ingresen siquiera a las Facultades de Medicina.

*La segunda:* realiza una amplia excursión por el campo de las humanidades médicas, tan alejadas de la enseñanza que actualmente se prodiga, y que por deprivación, alumbra médicos empobrecidos como personas, pero sobre todo pobres profesionales. Que desconocen sus limitaciones y carencias, confían exageradamente y sin espíritu crítico en los conocimientos científico-técnicos, tan cambiantes y a menudo surgidos de productores que a través del engaño o exageración de algunos efectos, los promueven como verdaderas panaceas, y los destinatarios, privados de ese espíritu crítico, toman como verdades reveladas, y salen disparados para aplicar lo que poco después se develará falso, perjudicial o engañoso.

*La tercera:* nos invita a reflexionar sobre la necesidad de revisar en profundidad, a dónde nos conduce esta grave carencia de las humanidades médicas en la formación de los profesionales. Se alejan cada vez más del ideal del médico sensible y humano, cercano al sufrimiento del otro, con la disposición a escucharle y servirle de ayuda, para mostrarlo, a menudo con toda crudeza y sin ropajes que disimulen su esencia, como mero agente comercial, intermediario en la venta de tecnología, que engaña a sus semejantes y cree, como Narciso, que su belleza interior es insuperable. O sea, todavía se considera virtuoso y casi benefactor de la Humanidad, por practicar, de esta forma anómala, su sagrada misión.

Estos hechos van horadando la fortaleza espiritual de la profesión médica, haciéndole perder lo esencial del profesionalismo. Apartándolo de los pacientes, por su falta de empatía, de capacidad de escucha y ayuda, y a menudo haciéndolo víctima y victimario, en dosis desiguales, en lugar de aportar un bálsamo al sufrimiento del paciente. Que cada vez se muestra más distanciado de esta modalidad de relación, influido por un tiempo en que murieron las certezas absolutas y las verdades indiscutibles; que cayeron todos los muros, y cualquiera tiene acceso a una información que puede, en su ignorancia, pensar que es la más fiable, y con ella guiar sus decisiones o exigirle al médico una determinada conducta. Hecho cada vez más frecuente, cuando quien está frente al paciente, o la familia, es un técnico frío, distante, encaramado en su pedestal, como aquel personaje de Quino.

Múltiples serían los enfoques que permite este ancho campo de reflexión que el libro de Álvaro Díaz Berenguer nos plantea. Desde la empatía con el paciente, a la dominación por la tecnociencia, la propaganda o los medios de comunicación. Desde la incidencia en la mala práctica médica y ser llamados muchas veces a responsabilidad frente a la Justicia, el error en medicina, con o sin mala práctica, hasta el protagonismo o la generación de hechos de violencia en la salud, en no pocas ocasiones, originado en trastornos narcisistas de la personalidad, o en los médicos Disruptores, como ha dado en llamárseles últimamente. Si para el trastorno narcisista de la personalidad no existe, como afirmaba en su tiempo Freud, ni siquiera la posibilidad de corregirlo a través del psicoanálisis, no cabe duda que estas personas así constituidas, no podrían ejercer la Medicina, porque serían (o mejor dicho ya lo son) un peligro público, difícil de enfrentar.

Bienvenido el libro, y el agradecimiento a su autor, por su constante preocupación en estos temas, consagrados a enriquecer el espíritu del médico, docente o practicante, y también del estudiante. Del dirigente gremial y universitario, para que conozca mejor las responsabilidades y desafíos que la preservación de su antiguo legado implica. Pero por sobre todo, la oportunidad de descorrer el velo, sobre una zona oscura de nuestro yo, que puede destruirlo, si no advertimos los peligros que lo acechan, en la maravillosa experiencia que es ayudar al ser humano que sufre.

Dr. Antonio L. Turnes

21 de julio de 2010